

INCELS ENTRE EL SUBSUELO Y EL MICELIO: UN SÍNTOMA HOMICIDA/SUICIDA EN CCH SUR, 2025.

YVON CARRILLO ASCENCIO

Maestra en Psicología Social UAM-X. Doctorando en Investigación Psicoanalítica en el CiES. Investigadora y Psicoanalista.

Recepción: 21 enero 2026/ Aceptación: 06 abril 2026

"Ya estoy harto de este mundo, nunca en mi pta (sic) vida he recibido el amor de una mujer (...) y me duele saber que los chads pueden disfrutar de las foids y yo no (...) no pienso irme solo, voy a retribuir a todas esas malditas y todos lo van a ver en las noticias (...) Doy gracias a los brocels que me apoyaron con la idea (...) los veo en el infierno". Lex Ashton¹

RESUMEN

El asesinato e intento de homicidio en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) al sur de la Ciudad de México el 22 de septiembre de 2025, además de sacudir a las personas, ha despertado muchas interrogantes que en este artículo se tejen entre la literatura, el psicoanálisis, el feminismo con el objetivo de obtener un primer entendimiento sobre la estructura no sólo psíquica, sino sociocultural que sostiene dinámicas de violencia y autodestrucción, o particularmente, la transformación del sentimiento de rechazo en violencia homicida/suicida. El análisis se articula alrededor

¹ Esta publicación en Facebook, que precedía al acto violento en el CCH Sur que articula esta reflexión fue seguida de imágenes del estudiante y de las armas punzocortantes de las que disponía. Con esta publicación se emite un mensaje muy claro para una comunidad digital: la de los *incels* (que viene de *involuntary celibate*). Aunque, como ha documentado Ging (2019) el término fue creado en 1993 por una estudiante canadiense como un proyecto de apoyo inclusivo, una década después fue apropiado por subculturas masculinas en línea (4chan, Reddit) involucrando a una ideología antifeminista, basada en jerarquías de masculinidad o manósfera, con tintes biologicistas de la relación sexual, con la creencia de que algunos hombres están "condenados" al celibato, por rechazo de las mujeres o por no parecerse/ verse humillados por otros hombres modelo. Entre su léxico desarrollado, se encuentran términos como "foids" (despectivo para mujeres, de *femoids* o humanoides femeninos), "Stacy" (mujer atractiva), "Chad" (hombre con acceso sexual a las mujeres, de masculinidad exitosa), brocels o Brussels (miembros de la misma comunidad *incel*). [2]

del concepto de significante amo (S1) llevado al contexto de una heteronormativa patriarcal en México y contexto LATAM; la relación entre violencia, autodestrucción e identidad en el espejo Lacaniano, llevado al entendimiento de nuevas formas de identidad y comunicación digital. Finalmente se discute la violencia performativa espectacular para esbozar iniciativas de acompañamiento e intervención.

PALABRAS CLAVE: masculinidades, identidad, goce, violencia, performatividad, redes sociales.

SUMMARY

The murder and attempted homicide at the Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) in southern Mexico City on September 22, 2025, beyond shocking people, has awakened many questions that this article weaves together through literature, psychoanalysis, and feminism with the aim of obtaining a preliminary understanding of the structure—not only psychic but also sociocultural—that sustains dynamics of violence and self-destruction, or particularly, the transformation of feelings of rejection into homicidal/suicidal violence. The analysis is articulated around the concept of master signifier (S1) applied to the context of patriarchal heteronormativity in Mexico and the Latin American context; the relationship between violence, self-destruction, and identity in the Lacanian mirror, extended to understanding new forms of digital identity and communication. Finally, spectacular performative violence is discussed to outline initiatives for accompaniment and intervention.

KEYWORDS: masculinities, identity, jouissance, violence, performativity, social media.

RÉSUMÉ

Le meurtre et la tentative d'homicide au Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) au sud de Mexico le 22 septembre 2025, au-delà de choquer les gens, a éveillé de nombreuses questions que cet article tisse entre la littérature, la psychanalyse et le féminisme dans le but d'obtenir une première compréhension de la structure—non seulement psychique mais aussi socioculturelle—qui soutient les dynamiques de violence et d'autodestruction, ou particulièrement, la transformation du sentiment de rejet en violence homicide/suicidaire. L'analyse s'articule autour du concept de signifiant

maître (S1) appliqué au contexte d'une hétéronormativité patriarcale au Mexique et dans le contexte latino-américain ; la relation entre violence, autodestruction et identité dans le miroir lacanien, étendue à la compréhension de nouvelles formes d'identité et de communication numériques. Enfin, la violence performative spectaculaire est discutée pour esquisser des initiatives d'accompagnement et d'intervention.

MOTS-CLÉS: masculinités, identité, jouissance, violence, performativité, réseaux sociaux.

INTRODUCCIÓN

El texto citado que encabeza este documento fue publicado en redes sociales el año pasado por un estudiante del CCH Sur. Lo hizo horas antes de salir de su casa armado para asesinar a su compañero Jesús frente a la novia de éste, herir a un empleado del plantel y luego intentar suicidarse [1]. Tal mensaje podría haber sido dicho por personajes de la literatura, tales como el protagonista de *Memorias del subsuelo* de Dostoievski². El hombre del subsuelo declara, tras humillar a la joven Liza (aunque él lo racionaliza como una forma de retribuirla): *"también yo quería humillar a alguien; puesto que me trataron como un trapo, también quise sentirme poderoso frente a alguien... Eso es lo que ha sucedido"* (p.123) [3].

El paralelismo es notable con más de 160 años de diferencia. Más allá del contexto histórico que desde luego se considera aquí, también nos encontramos con la atemporalidad del inconsciente -aporte vertebral de la teoría psicoanalítica- operando en las formas de violencia hoy reconocidas dentro de la perspectiva de género.

Las escenas hablan de hombres humillados por otros hombres o bien, que experimentan el rechazo o la falta de reconocimiento hacia su masculinidad como una exclusión ontológica; es decir "no soy amado, no soy el hombre 'de alto valor', luego no

² En síntesis, la trama de este libro parte de las reflexiones de un hombre de 40 años, retirado, que vive aislado en San Petersburgo y también narra sus episodios de humillación. Después de ser despreciado por ex compañeros y Zverkov (hombre exitoso que encarna lo que él no es), visita a Liza, una prostituta a quien cree salvar con un sermón moralizante y humillante, pero cuando ella lo busca genuinamente, él la vuelve a humillar, destruyendo la posibilidad de conexión deseada y volviendo a su ciclo de pensamientos rumiantes, entre el arrepentimiento, la anulación y los anhelos de una trascendencia abstracta.

existo". Ambos hombres habitan "subsuelos" —espacios de refugio y rumiación— donde el resentimiento es lo más consistente en su identidad, en donde se busca reconocimiento y heroísmo como vías de restauración de esa herida, dando paso a la violencia como signo de poder. Antes de dirigir su violencia hacia las mujeres, primero la dirigen hacia esos hombres que gozan el reconocimiento que ellos reclaman: los "chads" en el universo *incel*; el personaje Zverkov y sus compañeros exitosos en el dostoievskiano. Ambas escenas hablan de la construcción de una identidad (marginal, *underground*) y de la identificación con una comunidad (los *incels*) desde la exclusión.

La diferencia crucial del contexto histórico es, desde luego, la mediación tecnológica del internet y las redes sociales. Lex Ashton, participaba activamente en grupos de Facebook relacionados con la comunidad *incel*, donde el resentimiento se socializa, se valida y forma parte de una identidad hasta encauzarse a la violencia.

Ging [2] señala que varios ataques violentos, en Estados Unidos, Canadá y Europa, han sido perpetrados por hombres autoidentificados como *incels*, lo que ha llevado a que algunos gobiernos consideren esta subcultura como amenaza terrorista.

Según su investigación, luego de un tiroteo en Isla Vista, en una universidad al sur de California, el foro *incel* 4chad se desbordó de comentarios que aplaudían al joven porque representaba "una campaña de venganza contra las mujeres, a los guerreros de la justicia social y los machos alfa que les habían privado del éxito sexual" (p. 3) [2]. Este joven dio estos motivos en el video que subió en Youtube a modo de aviso y testimonio de lo que iba a hacer y que él llamó el "día de la retribución"³. Estas manifestaciones públicas que ya desde *Masacre en Columbine* (2002) se había llevado a la pantalla [5], continúan dentro de una lógica de significado particular para este tipo de identidades. Más recientemente la miniserie *Adolescencia* (2024) retrata el asesinato de una joven estudiante cometido por un compañero identificado con esta comunidad [6].

³ Actualmente en Youtube se encuentran fragmentos de este video reproducidos por canales de noticieros o de contenidos de análisis criminal. El consultado para este trabajo es el de CNN [4]

No era de sorprender la performativa homicida/suicida que exhibió en 2025 Lex Ashton, tan parecida también a esos hechos que han logrado un gran ruido mediático. Es notable que Lex usó la misma expresión de “retribuir” que el joven Elliot en California. Lex, en el hospital confesó haberse inspirado en lo que ha pasado en Estados Unidos: “Yo me quería chingar a seis cabrones” [7], con lo que confirma su deseo de ser reconocido, aunque sea a través del horror mediático.

Aunque este tipo de imitaciones parecieran reflejar vacuidad o superficialidad en las generaciones digitales, que sólo siguen tendencias, en realidad nos muestran cosas del contexto y de la estructura misma del inconsciente. Por una parte, un país como México es terreno fértil para estas narrativas neomachistas en tanto persiste una estructura heteropatriarcal que se manifiesta en las formas más discretas y hasta las más estridentes y aterradoras (altos índices de feminicidios y mayor índice de homicidios perpetrados por hombres, narcotráfico y redes de trata). Y por otro lado, en el psicoanálisis lacaniano, se vislumbra un *significante amo* [8] relacionado con la masculinidad⁴. En este sentido, se dialoga con el feminismo de Rita Segato [9] y su concepto “mandato de masculinidad” anclado en referencias socio-antropológicas muy reveladoras.

Las interrogantes -que traen el cruce de la literatura, el psicoanálisis, el feminismo y la desolación ante una tragedia en un entrañable espacio formativo preuniversitario- se dirigen hacia la cuestión de la estructura psíquica y social que sostiene una transformación del rechazo en violencia homicida/suicida, así como a la articulación de ese *significante amo* del mandato heteropatriarcal mexicano en las nuevas formas de identidad digital.

Este artículo lejos de “escribir en piedra” la teoría psicoanalítica o de satanizar juventudes violentas y formas de masculinidad, se plantea la comprensión del fenómeno *incel* en México, usando el caso CCH Sur como eje articulador, desde una

⁴ El concepto de *significante amo* (S1) fue acuñado por Lacan [8]. El *significante amo* sin tener un significado fijo en sí mismo, ordena y da sentido al conjunto de la cadena *significante*. Es decir, es el *significante* que “manda”, que determina cómo interpretamos nuestra experiencia. Por ejemplo, *significantes* como “Patria”, o en este caso, “Masculinidad” organizan toda una serie de otros *significantes* y prácticas. Este tema se desarrolla más adelante.

mirada multidimensional y compleja para pensar alternativas y resignificaciones. El análisis se organiza en tres dimensiones: primera, el mandato de masculinidad en el contexto heteropatriarcal latino-mexicano; segunda, la construcción narcisista de la identidad masculina y su relación constitutiva con la agresividad; tercera, las comunidades digitales como espejos que radicalizan el resentimiento y espectacularizan la violencia como acto performativo para forzar reconocimiento.

El mandato de la masculinidad en el contexto heteropatriarcal latino-mexicano

Rita Segato [9], en un apasionante análisis antropológico de pueblos originarios africanos y sudamericanos señala que hay pautas estructurales socialmente construidas, que son la base de la violencia de género, y la principal es el mandato de violación y apropiación del cuerpo femenino.

Desde la mirada etnográfica, la violación ha sido esencialmente un acto punitivo, moralizador y disciplinador hacia las mujeres que no parecen respetar los ritos de iniciación masculina o no cuentan con la protección de otro hombre (padre, hermano, esposo). Pero también dentro de un marco bien regulado, la violación ha operado como un dispositivo de restauración del poder, garantía y continuidad de la estirpe y el patrimonio. Es decir, apropiarse de esa capacidad reproductiva tiene que ver con nociones de colonialismo, dominio, conquista y sometimiento; cuestiones de estado con gran valor cultural en estas sociedades.

Derivado de lo anterior, el lenguaje del sujeto masculino es de conquista y preservación activa de un valor. En ese sentido, el acceso sexual a la mujer es un patrimonio por el cual los hombres han debido competir entre sí, desplegar su agresividad y lo principal es que no hay límites impuestos: “masculinidad representa una identidad dependiente de un estatus que engloba, sintetiza y confunde poder sexual, poder social y poder de muerte” (p. 32) [9].

La triada masculinidad, poder y violación se aprende desde la infancia, entendiéndose que en rigor, no siempre se trata literalmente de un coito forzado, pero “sí al menos (violar) de manera alegórica, metafórica o en la fantasía” (p. 38) [9] y en ello tener una relación de alianza o complicidad con otros hombres. Es decir, la violación está

concebida para que los otros hombres la reconozcan, ya sean cómplices o rivales: “Este mandato, planteado por la sociedad, rige en el horizonte mental del hombre sexualmente agresivo por la presencia de interlocutores en las sombras, a los cuales el delincuente dirige su acto” (p. 39) [9].

De esta manera llegamos a entender el mandato de la masculinidad como un significante amo que estructura el orden patriarcal latinoamericano: ser hombre no ha sido solo una identidad sino un mandato, una exigencia simbólica que ha ordenado comportamientos, expectativas y jerarquías; distribuyendo privilegios y sancionando desviaciones.

Bajo este significante, el ser hombre ha implicado el acceso garantizado al cuerpo de las mujeres y al respeto público. Cuando el feminismo cuestiona esto desestabiliza el significante amo mismo, lo cual genera la resistencia violenta (a la que ya están predispuestos) en sujetos cuya identidad entera está anclada en ese significante y entonces el cuestionamiento lo experimentan como agravio personal, como una nueva dificultad vital e incluso, se colocan en el lugar de la víctima de un nuevo sistema que ha trastocado el orden. Este ha sido el tema central de las comunidades *incel*: defender al hombre de la injusticia que les representa el feminismo.

La gran paradoja que señala Segato [9] es que el estatus adquirido a expensas de ese otro femenino, siempre está puesto en duda, siempre a punto de perderse, por lo cual, el hombre se hace dependiente de la subordinación y temor de la mujer hacia él. A esta incertidumbre o vacilación en la identidad, en términos coloquiales, algunas comunidades de mujeres o de divergencias sexogenéricas lo han llamado “masculinidad frágil”. Cabe señalar cierta intención despectiva, que lejos de contribuir a una crítica constructiva o al menos, útil para la deconstrucción de género, más bien, parece reafirmar y validar el significante amo de la exigencia de una identidad inquebrantable, firme y fuerte en los varones.

Esta fragilidad o dependencia del Otro para autoafirmarse es un eje de angustia, dolor e incluso vergüenza. El hombre del subsuelo encarna la paradoja tras humillar y expulsar a Liza -acto que debería confirmar su poder masculino- reflexiona

angustiado:"¿Por qué había querido besar sus rodillas... e implorarle su perdón? Era eso lo que deseaba hacer... Pero luego me preguntaba: ¿acaso no volveré a odiarla mañana precisamente por haberme arrojado hoy a sus pies? ¿Es que puedo hacerla feliz? ¿No he reconocido hoy, por centésima vez, lo poco que valgo?" (pp.129-130) [3].

Esta escena describe la necesidad del reconocimiento del Otro femenino (para lo que desea implorar), pero reconocer esa necesidad equivale a reconocer la vulnerabilidad propia y, por lo tanto, insignificancia como hombre deseable. El mandato de masculinidad exige negar precisamente aquella vulnerabilidad que le constituye.

Esta dependencia del Otro para autoafirmarse es, según Butler [10], constitutiva de toda subjetividad, implica estar expuesto o vulnerable al Otro, pero eso es justamente lo que construye al sujeto y para ella no hay manera de deshacerse de esta condición de vulnerabilidad primaria, de ser entregado al contacto con el otro, incluso cuando – o precisamente no hay otro y no hay sostén.

Butler sigue una línea Lacaniana [11] al hablar del núcleo de la identidad y subjetivación que es el reconocimiento del Otro como algo constitutivo y por lo tanto, algo que genera angustia. Así, señala que sin reconocimiento no hay sujeto y que el reconocimiento no siempre está garantizado, ni siempre es simétrico. Esta falta de reconocimiento la empezó a teorizar en *Vida precaria* [10], pero la desarrolló ampliamente en 2009 en *Marcos de guerra* [12] introduciendo el concepto de marco de reconocibilidad, que constituye una normativa en cuanto a quién cuenta y quién no como sujeto humano, como alguien visible o invisible; qué vidas son vivibles o invivibles; qué vidas son dignas de llorar y cuáles no.

En sentido estricto, como humanidad, todos, todas y todes estamos vulnerables ante la mirada y reconocimiento del Otro, pero para algunos hombres esta vulnerabilidad parece insoportablemente angustiante porque el marco de reconocibilidad de la heteronorma ha sido demasiado restrictivo. Para Butler [13] no es que exista un sujeto que 'elige' cumplir las normas, sino que el sujeto emerge o se constituye en la medida en que es reconocible bajo las mismas. Si uno no puede ser reconocido dentro de esos términos, su propia humanidad es puesta en cuestión. Por eso, cuando ese

reconocimiento y validación como sujeto masculino se niega a hombres como los *incels* o ellos mismos se autoperciben lejos del ideal masculino y fuera de ese marco normativo experimentan una “muerte social”.

Es necesario reconocer que los varones se han visto muy violentados por dichos marcos, pero la verdadera tragedia consiste en que, lejos de cuestionar estas reglas -que es lo que propone Butler ante el problema [13] - ellos se aferran más violentamente a ellas, ahora violentando simbólica o físicamente a quienes las cuestionan y que no se subordinan a ese marco y a los hombre (las feministas, mujeres autónomas o las que no cuentan con la protección de otro hombre) y agreden también a aquellos que les “arrebatan” la mirada y el acceso a ellas (como lo hizo Ashton con el compañero frente a la novia de éste); mientras tanto, buscan la validación de su comunidad masculina (como a los *brocels* a los que agradeció públicamente en su mensaje homicida-suicida).

Para entender mejor la relación entre la violencia de los marcos de reconocibilidad en términos de género y el desplazamiento de la violencia hacia las mujeres y otros hombres, es necesario profundizar en la construcción del narcisismo.

La construcción narcisista de la identidad masculina

Siguiendo a Butler [13], el mandato de masculinidad no opera sólo como imposición externa sino que es algo que está en la raíz misma del devenir como sujeto, de la constitución psíquica de ese sujeto masculino. Ante la vulnerabilidad, valor asociado a lo femenino, que a toda costa se debe rechazar según el marco heteronormativo, la masculinidad hegemónica se erige sobre una negación de dicha vulnerabilidad, que Freud [14] entiende como uno de los mecanismos de defensa más primitivos y que implica una profunda escisión del sujeto: “El resultado (de sintetizar el conflicto) se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo que nunca se reparará, sino que se hará más grande con el tiempo” (op.cit, p. 206).

El cruce con este concepto freudiano de escisión no es azaroso o mero capricho personal en este artículo, es pertinente resaltar que ya en *Mecanismos psíquicos del poder* [15], la autora retomaba a Freud abordando sus nociones de duelo y melancolía

para formular que la masculinidad hegemónica se forma mediante el rechazo melancólico de lo femenino: pasividad, vulnerabilidad, dependencia emocional, que deben ser expulsadas del yo para que este se constituya como 'masculino'. Así, más tarde, al “deshacer el género” [13] ella confirma que la masculinidad heteronormada se construye sobre una fantasía de invulnerabilidad: un hombre que no necesita, no depende, no es afectado por el Otro femenino. En ello radica uno de los pilares del narcisismo masculino.

Los *incels* encarnan esta herida y esta contradicción: necesitan el reconocimiento erótico afectivo (dependencia codificada como femenina) pero su identidad masculina y narcisismo se fundó precisamente en el rechazo de esa necesidad: no ser “el niño de mamá”, no parecerse, no sentir, no actuar “como mujer”.

La identidad y narcisismo masculino se constituye mediante la identificación con una imagen exterior: el "macho alfa", el "chad" (en jerga *incel*), el Zverkov exitoso y socialmente integrado (dostoievskiano), que permanece radicalmente inalcanzable. El sujeto queda estructuralmente dividido entre un yo ideal (imagen de masculinidad hegemónica: fuerte, deseado, respetado) y su autoimagen (el cuerpo rechazado, no deseado, humillado). Se trata de un narcisismo por lo tanto, escindido o herido. La violencia emerge no solo como reacción al rechazo sino como intento de destruir el espejo simbólico que devuelve una imagen intolerable.

Lacan [11] es referente obligado para pensar la constitución de la identidad y narcisismo en su teoría del estadio del espejo. Sin embargo, a propósito de ello, su principal erudito, Jacques-Alain Miller [16], ha ofrecido una clave fundamental al señalar: “lo que Lacan instala en el corazón de la identidad consigo mismo es la imagen del Otro. Y solo asegura una identidad a costa de un desdoblamiento, una falta de ser uno mismo, donde puede verse la raíz de la agresividad” (op cit, p. 30). Esto quiere decir que, al depender de la imagen del Otro para constituirse, el sujeto masculino queda atrapado en un círculo donde necesita el reconocimiento que su propia estructura defensiva (rechazo de vulnerabilidad) hace imposible. El hombre del subsuelo de Dostoievski ya lo sabía: tras sermonear, humillar y expulsar a Liza, queda devastado, confirmando que necesitaba aquello que violentamente rechazó.

En este mecanismo existe cierta compulsión, poco consciente, que tiene que ver con un concepto fundacional en Lacan [8]: el goce, término que él distinguió del principio del placer freudiano, separándolo también de una idea de gozo. Mientras el placer busca una satisfacción específica, el goce se relaciona con un sufrimiento o falta, un "placer en el displacer". Como explica Evans[17], "el goce es siempre insatisfacción, una búsqueda de algo que está siempre más allá" (op cit, p. 98). En el caso del resentimiento masculino, hay un goce en la posición de víctima: en efecto sufre, pero obtiene una satisfacción al otorgarle identidad, al permitirle culpar al Otro (las mujeres, la sociedad, el feminismo) y lo libera de la responsabilidad o agenciamiento de sí mismo.

A propósito de ello, el hombre del subsuelo reflexiona sobre su "*placer oculto y ruin (...)* En secreto, me desgarraba por dentro, me roía a dentelladas hasta el punto de que la amargura se convertía, finalmente, en una vergonzosa y maldita dulzura y, en último término, en un verdadero e intenso placer (...) el placer me lo producía, precisamente, la clara conciencia de mi propia bajeza, sentir que me había degradado del todo" (p.10) [3]. Este es un sujeto que se queja de su miseria, pero en el fondo no la abandona y la traduce en términos de un placer y lo entiende así porque es lo que lo valida, reafirma su narcisismo y aparentemente, alivia la herida subjetiva. Esto es lo que hace del goce algo altamente adictivo, compulsivo, repetitivo, pero generalmente autodestructivo.

El hombre del subsuelo de Dostoievski permanecía aislado en su rincón petersburgués, rumiando solitariamente su resentimiento. Su monólogo interior no encontraba validación externa, su victimización era privada. Lex Ashton, como otros jóvenes contemporáneos, a diferencia de él, socializan y comparten un sentimiento a través de las herramientas que su época les brinda.

Autoafirmación, viralidad y performatividad de la violencia desde las comunidades virtuales

Entre algunas teorías incipientes sobre la virtualidad y la identidad en comunidades digitales destaca el trabajo de Turkle [18] en donde tenía una visión bastante optimista de la construcción y redefinición de identidades que se da entre los jóvenes en las

redes sociales. Ella notaba la flexibilidad con la que se podían construir identidades múltiples, a modo de juego de roles dentro de un anonimato seguro. También bosquejó a un Yo fluido, en contraposición con un Yo rígido e inamovible, que vislumbraba una dimensión creativa y constructiva, sobre todo por la gran capacidad de alcance y conexión que ofrece el internet.

Las comunidades virtuales y su comunicación se han tejido a manera de una red de micelio⁵ [19], se podría decir -dentro del referente dostoievskiano- que son subsuelos conectados. La metáfora de la red del micelio es útil aquí porque en las comunidades *incel* no hay un centro organizador, sino una red de foros y grupos que se entrelazan y refuerzan mutuamente. Un usuario puede entrar por un video de YouTube sobre temas de superación para hombres y ser dirigido algorítmicamente a contenidos de "redpill" sobre relaciones o a foros blackpill, con influencers como el estadounidense Andrew Tate o el mexicano "Temach" y hasta el video y noticia de Elliot, el joven tirador del centro escolar en California. En esta circulación de información, el usuario se va permeando gradualmente con estas narrativas aparentemente aisladas, pero que están profundamente conectadas.

La conexión, sin embargo, empieza a ser un concepto problemático, siguiendo el desarrollo de esta psicóloga norteamericana. Hacia 2011, con sus conferencias [20] sobre "Alone together" [21] empieza a señalar de manera crítica una pérdida de la conexión auténtica y profunda entre las personas usuarias de las tecnologías digitales. También señala un desdibujamiento de la identidad, un conflicto entre lo que se es y lo que se desea ser/mostrar hacia el otro, del otro lado de la pantalla.

Byung-Chul Han [22] habla de las redes utilizando otra metáfora, la del enjambre: un tejido digital que vehiculiza de manera inmediata los afectos y que no necesariamente construye comunicación, como la red del micelio. También señala la falta de conversación que señala Turkle [21] mediante argumentos sino, que para este filósofo

⁵ Desde la biología y el reino fungi, el micelio es una red de filamentos, generalmente invisible que crece bajo tierra y forma redes descentralizadas donde cada punto puede conectarse con múltiples otros, compartiendo nutrientes e información. Según Sheldrake [19], estas redes permiten que árboles distantes "se comuniquen" mediante un intercambio químico.

la circulación de información en el enjambre es de una viralidad visceral y construye una conexión simplemente algorítmica.

Ahora las plataformas digitales, diseñadas para maximizar engagement, conectan automáticamente a usuarios con contenido similar, creando cámaras de eco, casi onanista, en principio voyeurista.

Para entender esto, Han [22] señala que en las plataformas y redes sociales existe una mirada sin distancia, propia de la sociedad del espectáculo, y por lo tanto, sin respeto a los individuos que conforman el enjambre. Aunado a esto, y desde una lógica de psicología de las masas, según Le Bon [23] se trata de una masa que nunca es un “nosotros”, que no produce un discurso o la acción común; no genera solidaridad, sino excitación y violencia difusa. Para Han [22], y en el contexto de la socialización del resentimiento, se trata de una sociedad de la indignación que genera “shitstorm”, a modo de olas de indignación incalculables, pero inestables y que generalmente terminan siendo una distracción más, un espectáculo más, porque en realidad esas quejas nunca cuestionan de fondo las estructuras o relaciones de poder, sino que señalan individuos particulares y los hace escándalo mediante imágenes, memes e historias viscerales de humillación o rechazo.

La comunidad *incel*, en su intento de cohesión y reconocimiento y en su intento de unificar un discurso tipifica a las mujeres y a los hombres, reaviva antiguos roles de género, coartando la comprensión crítica y compleja de estas relaciones; sus dinámicas y la estructura que las sostiene. Esta falta de comprensión es algo que nos ayuda a entender Han como una formación cognitiva resultante de otro tipo de enfrentamiento al estadio del espejo. Aquí el espejo es el smartphone y las imágenes su devolución.

El espejo Lacaniano ya no es sólo la madre o los pares; es la cámara que devuelve una imagen cuantificada del valor del usuario: 3 likes o matches no es lo mismo que 3000, por eso, los *incels* se vuelven obsesivos con la imagen. La diferencia con el espejo Lacaniano es que en este dispositivo, aparentemente se borra toda negatividad y frustración, en tanto el individuo dispone de las imágenes, de la imagen del otro, y ya son imágenes que mejoran la realidad. Han interpreta una filosofía Heideggeriana

señalando que “sin fenomenología dolorosa, es una fenomenología del me gusta” (p. 57) [22]. El sujeto cae en un entendimiento simplista y radical sobre el reconocimiento del otro. La principal paradoja es que la comparación de la imagen propia con otros -los Chads o con lo que cree que es el deseo de las mujeres- no cumple la misión de afirmación narcisista, si no que le devuelve su “falla”.

En otro orden de ideas, algo que es muy relevante e intrigante del “enjambre” de Han [22] es su concepto de psicopolítica, explicando que el Big data no está constituido solamente por información consciente, sino que accede al inconsciente colectivo de forma mucho más efectiva que el psicoanálisis, justamente porque no siempre el sujeto está consciente de que está siendo leído en cada interacción (por lo tanto, reduce la resistencia al psicoanálisis clásico). Han apunta certeramente: la psicopolítica no reprime, no castiga; seduce. Así, el joven que busca respuestas se ve conducido entre imágenes: video tras video, post tras post, hacia narrativas cada vez más extremas. Ya no persigue ser reconocido, ya persigue su goce de manera compulsiva.

Lo anterior no significa que se renuncie al deseo de reconocimiento, ya que la comunidad *incel* y los jóvenes que la conforman o se identifican con ella, comparten la “profunda exigencia existencial que el hombre tiene de reconocimiento del otro y de autoconocimiento en el otro... lo que crea una cámara de resonancia” (op cit, p. 43). Para este autor, se trata de comunidades del tipo pentecostés, donde la experiencia beatificante está puesta en la fidelidad a la comunidad, paradójicamente aniquilando el humanismo; el énfasis está puesto en el sujeto del rendimiento, o que se sacrifica para el funcionamiento de ese sistema, que finalmente se vuelve autodestructivo.

En el caso de Lex Ashton, el enjambre validó afectivamente su resentimiento hasta el punto del pasaje al acto. El uso de armas, su intento de suicidio fue un acto individual espectacularizado para consumo colectivo digital y en total lealtad a su enjambre. La violencia se performó “para que todos lo vean en las noticias”. La violencia emergió, ya no solo como expresión de poder, sino como defensa desesperada ante la vulnerabilidad expuesta y difícil de soportar.

Žižek [24] ha hablado de las formas de violencia contemporánea y en especial señala la violencia espectacular como un síntoma, criticando que los medios de comunicación desvían la atención a la nota, al individuo (nombre e imagen de Lex, sus palabras) pero lo peligroso es que con ello se invisibiliza la violencia sistémica y objetiva, es decir, todo aquello que produce estos actos o las condiciones que producen al que perpetra la violencia. A propósito, cuestiona: ¿No hay algo sospechoso, sin duda sintomático, en este enfoque único centrado en (...) la violencia de los agentes sociales, de los individuos malvados, de los aparatos disciplinados de represión o de las multitudes fanáticas)? ¿No es un intento de distraer nuestra atención del auténtico problema, tapando otras formas de violencia y, por tanto, participando activamente en ellas?” (ídem, p. 18). También señala que el horror sobrecogedor de los actos violentos y la empatía con las víctimas funcionan como un señuelo que nos impide pensar [24].

Desde su perspectiva de ¿qué estamos pasando por alto? ¿qué nos impide pensar que Lex Ashton no es la enfermedad o “la escoria” como llegó a autodefinirse? En este caso habrá que pensar que la violencia sistémica se conforma por:

- El conjunto de normativas (mandato colonial de masculinidad) y marcos de reconocibilidad excluyentes, que aniquilan al sujeto masculino y castiga/moraliza a las mujeres y a la diversidad de identidades sexogenéricas.
- Por otro lado, profundizando en un análisis de la realidad o una lectura no sólo desde el inconsciente atemporal, sino desde lo sistémico contextualizado en nuestra contemporaneidad se vislumbra una subjetividad marcada por dos aspectos: la presión social de las redes sociales, con algoritmos radicalizantes y por otro lado, la precariedad de la vida.
 - Los marcos de reconocibilidad excluyen a un gran segmento de jóvenes y adultos jóvenes que viven en una economía, donde ya no puede ofrecer los marcadores tradicionales de masculinidad como un empleo estable, ser El proveedor o La autoridad en la pareja o ante los ojos de la sociedad y de otros hombres. Como el hombre del subsuelo, que humilla, rechaza y sermonea a Liza, de antemano se siente

reprobado como hombre y humillado por otros que sí cumplen con tales marcadores. Después de esto, sigue en su autoexilio, mientras otros jóvenes incurren en otras formas de suicidio social, además de los efectivamente acontecidos.

En estos actos, la violencia espectacular es un último recurso de reconocimiento, donde se autodestruye el sujeto deseable y sólo queda mostrar el que causa horror, pero que finalmente se hace visible (en el marco de reconocibilidad) por su capacidad de violencia asociada a la masculinidad. Porque como Dostoievski ya advertía en 1864 [3], el hombre del subsuelo no busca la felicidad o el amor como declaró Ashton; más bien busca ser reconocido en su sufrimiento; convertir su impotencia en superioridad intelectual/moral, aunque demostrar su poder implique demostrar que puede hacer daño, que puede destruir y destruirse a sí mismo en el proceso.

CONCLUSIÓN

Del rincón petersburgués a la habitación chilanga con computadora conectada al foro *incel en 2025*, la estructura del resentimiento masculino persiste con preocupantes y desoladores pasajes al acto violento. Tristemente ese es el signo del machismo en nuestros tiempos, pues no sólo se limita a externar y ejecutar múltiples formas de violencias, sino que en todo ello, es profundamente autodestructivo. Se trata de un circuito de humillación/no reconocimiento, búsqueda de restauración narcisista, violencia desplazada y autodestrucción.

Los subsuelos se han conectado mediante algoritmos que leen el inconsciente, imágenes que constituyen imperativos imposibles, y enjambres que propagan afectividad sin generar solidaridad o un trabajo de contención emocional recíproca. Esa conexión, lejos de producir emancipación o deconstrucción de los imperativos de género, ha creado redes miceliales de resentimiento donde el sufrimiento no termina de transformarse políticamente.

En todo este entramado no existe ese monstruo adolescente que a veces los medios construyen, sino que se reconoce al sujeto masculino víctima de sí mismo, sufriente, pero también al síntoma de una crisis social, que destruye parte de su entorno.

Mirar no sólo el síntoma, implica mirar una enfermedad que parece autoinmune tanto en la dimensión social como en lo intrasubjetivo. Este fenómeno *incel* da cuenta de sujetos masculinos que se empiezan a autodestruir, desde adentro, ya que sus propias defensas (o mecanismos de defensa) lo hacen. No se entiende la dimensión intrasubjetiva sin la intersubjetiva, ambas son antecedente y efecto. Existe un gran sufrimiento en ese individuo, en relación a normas sociales, una necesidad de reconocimiento del otro, que se vale de manifestaciones de poder o violencia, con lo cual termina por verse reflejado en la mirada horrorizada del Otro social.

La realidad de los hechos exige urgentes transformaciones enérgicas, cuyas primeras semillas residen en masculinidades fundadas en el reconocimiento de la vulnerabilidad compartida, en lugar de la búsqueda de dominio y la lealtad al mandato colonialista que exige a los hombres demostrar virilidad mediante apropiación de cuerpos femeninos, o agresividad entre entes masculinos. Esto es, pensar que la violencia de género, el significativo amo del mandato heteropatriarcal afecta a todos, todas y todes, a las diferentes identidades sexogenéricas, más allá de hombres y mujeres. Al margen, pero no menos importante, cabe decir que los crímenes de transfobia y homofobia parten de una misma raíz o significativo amo, que aunque las significaciones, discursos y narrativas vayan en otro sentido, vale la pena continuar discutiendo en distintos foros académicos y públicos.

Dentro de las dimensiones intra e intersubjetivas, parece ser que el mandato de masculinidad o el pacto patriarcal es el significativo amo donde el psicoanálisis clásico en Latinoamérica es insuficiente para desmontar y más bien, es un significativo que ha tomado fuerza con la Big data en el enjambre digital, que eficazmente ha accedido al inconsciente colectivo, con funestas consecuencias.

En este sentido, los hechos y fundamentos teóricos aquí expuestos convocan a la reflexión y a adoptar perspectivas preventivas para los profesionales de la salud

mental, humanidades y ciencias sociales en torno a las identidades sexogenéricas, relaciones humanas y sus dinámicas de poder.

Desde la mirada clínica es necesario hacer foco en el acompañamiento grupal, comunitario e individual de jóvenes para el devenir consciente de mecanismos de violencia y procesos autodestructivos de las masculinidades. Esto implica mantener o aumentar los esfuerzos en:

- Concientizar los peligros y puntos ciegos de la autoafirmación que muchos varones obtienen de autoperibirse víctimas de las mujeres que no los eligen o de hombres que no lo reconocen; o en general, de un sistema que cuestiona la heteronormatividad que ha violentado a ambas partes.
 - Esta es una parte medular del entendimiento de los mecanismos de autodestrucción de los hombres que se sienten fuera del marco de reconocimiento y deseabilidad social.
- Sensibilización sobre los efectos del aislamiento social que lleva a:
 - Obsesionarse con la propia imagen y a compararse con los otros, que alimenta el círculo de intento de reparación-frustración-violencia, que autodestruye y destruye al otro de manera simbólica o de manera fáctica y material.
 - Renunciar a la comunicación bilateral con el Otro, que implica frustración e incertidumbre constante y a la comprensión compleja del otro sexo (mujeres) para generar resignificación de las relaciones y del valor que tienen los sujetos independientemente de su género o sexo.

En el campo social, la discusión podría fijarse también en la búsqueda de la restauración del lazo social, actualmente roto, a pesar de la maximización de la conexión digital, que parece indicar:

- Un detrimento de las causas humanistas en pos de la lealtad a la heteronorma y a la comunidad que valida los intentos de masculinización o de cumplir/rendir. Las feministas, en la misma línea de Rita Segato y el mandato de masculinidad,

en sus consignas hablan de “romper con el pacto patriarcal”. Ideas que, más allá de propaganda ideológica, es necesario se sigan comunicando desde la reflexión y la comprensión.

- Necesidad de poner en la discusión social la regulación de las redes sociales y tecnologías que propagan fácilmente discursos de odio, hegemonías corporales y de imagen por las que las juventudes se ven perseguidas y que generan algoritmos de confirmación casi onanistas, que limitan la perspectiva y comprensión de la otredad. Es fundamental para la sociedad que las tecnologías sigan evolucionando para lograr conexión real en lugar de engagement adictivo, que como pasa con los goces y las adicciones, redundan en lo autodestructivo y en la ruptura con el otro.
- En el ámbito sociopolítico, menos inmediato, pero no por ello inabarcable, cabe pensar, discutir, evidenciar y votar por políticas que transformen los modelos económicos que precarizan existencias:
 - También es necesario comprender que la precariedad de la vida material del hombre contemporáneo es totalmente incompatible con la conservación de valores de masculinidad de épocas pasadas, por eso se reitera la necesidad de deconstrucción de la heteronorma y construcción de nuevos valores para la convivencia, supervivencia y lo que las personas entiendan como autorrealización.

Volviendo a las imágenes literarias, es importante enfatizar que no se apunta a una extinción del hombre subsuelo y su vida *underground*, que constituye un legítimo derecho de total validez ontológica. La misma andanza adolescente y de frente a la transición a la adultez -que impone sus propios mandatos, desafíos y paradojas- hace esperable cierta violencia y rebeldía en las generaciones jóvenes de todas las épocas, niveles sociales y de todos los colegios del mundo, más allá del caso específico detonante de este trabajo. El objetivo último de esta reflexión es revitalizar el cuidado no paternal/maternalista y la comprensión de las vidas humanas dentro de sus diferencias tanto en lo sexogenérico (disidencias), en lo socioeconómico (racialización,

precarización), en lo cognitivo (neurodivergencias) y en lo político (polarización partidista), todo esto frente las pérdidas que podrían evitarse en mayor medida: hemos perdido a mujeres víctimas de feminicidios, a hombres estudiantes, pero también perdimos desde antes a los ejecutores de la violencia, que a su vez extraviaron los límites de seguridad y justicia, que aún son viables de recuperar en un espectro “digno de ser humano”⁶.

BIBLIOGRAFÍA

[1] Sin Embargo (4 de octubre de 2025). Lex Ashton anunció su suicidio y advirtió 'no pienso irme solo' y fue al CCH. <https://www.sinembargo.mx/4704407/lex-ashton-anuncio-su-suicidio-y-advirtio-no-pienso-irme-solo-y-fue-al-cch-y/>

[2] GING, D. (2019). Alphas, Betas, and Incels: Theorizing the Masculinities of the Manosphere. *Men and Masculinities*, 22(4), 638-657. https://www.researchgate.net/publication/316845210_Alphas_Betas_and_Incels_Theorizing_the_Masculinities_of_the_Manosphere

[3] DOSTOIEVSKI, F. (1864/2004). *Memorias del subsuelo*. Losada

[4] CNN (26 de mayo de 2014). Shooter: 'My revenge against humanity': <https://www.youtube.com/watch?v=4kMkk2QbWiA>

[5] MOORE, M. (Director). (2002). *Bowling for Columbine* [Película]. Dog Eat Dog Films.

[6] *Adolescencia*. (2024). [Serie de televisión] Netflix.

[7] La silla rota. (26 de septiembre de 2025) <https://lasillarota.com/metropoli/2025/9/26/bradipsiquia-la-bradilalia-las-condiciones-que-tendria-lex-ashton-el-asesino-del-cch-sur-558758.html>

⁶ Las comillas aluden a un texto que sirve como una nueva provocación literaria, que es el libro -presuntamente auto-referencial- de Osamu Dazai “Indigno de ser humano”, y que, desde 1948 daba un testimonio más de la dinámica conflictiva entre la pertenencia al mundo social, la máscara y la persistente autodestrucción, con sus respectivos daños colaterales de devaluación, instrumentalización y autodestrucción hacia y en las mujeres.

- [8] LACAN, J. (1986). El Seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis. Paidós (1959-1960)
- [9] SEGATO, R. L. (2003). Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. Universidad Nacional de QUILMES. <https://archive.org/details/LasEstructurasElementalesDeLaViolencia>
- [10] BUTLER, J. (2004). Vida precaria. El poder del duelo y la violencia. Paidós.
- [11] LACAN, J. (1992). El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis. Paidós. (1969-1970)
- [12] BUTLER, J. (2009). *Marcos de guerra: Las vidas lloradas*. Paidós.
- [13] BUTLER, J. (2006). Deshacer el género. Paidós.
- [14] FREUD, S. (1940[1938]). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. 23). Amorrortu.
- [15] BUTLER, J. (2001). Mecanismos psíquicos del poder. Cátedra.
- [16] MILLER, J.-A. (2010). Extimidad: Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. Paidós.
- [17] EVANS, D. (1996). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Paidós
- [18] TURKLE, S. (1997). *La vida en la pantalla: La construcción de la identidad en la era de Internet*. Paidós
- [19] SHELDRAKE, M. (2021). La red oculta de la vida: Cómo los hongos condicionan nuestro mundo, nuestra forma de pensar y nuestro futuro. Paidós.
- [20] Chicago Humanities (29 de noviembre de 2011). Sherry Turkle: *Alone Together*. <https://www.youtube.com/watch?v=mHn6jVxsB5U&t=608s>
- [21] TURKLE, S. (2011). Alone together: Why we expect more from technology and less from each other. Basic Books.

[22] HAN, B-C. (2014). *En el enjambre*. Herder.

[23] LE BON, G. (2005). *Psicología de las masas*. Morata. (1895). Citado en: Han, B-C. (2014). *En el enjambre*. Herder.

[24] ŽIŽEK, S. (2009). *Sobre la violencia: Seis reflexiones marginales*. Paidós

[25] DAZAI, O. (2010). *Indigno de ser humano*. Al margen. (1948).